

LA DEFENSA

Semanario político y de intereses generales

Precio de suscripción: 1'50 pesetas trimestre.

Dirección y Redacción: Cuesta de Lucías, núm. 6.

La mentira del sufragio

El derecho que menos beneficios ha traído y que más perturbaciones ha causado, es el sufragio universal.

Hermoso principio el que establece la soberanía del pueblo, que nombra sus legisladores, que gobierna por medio de sus apoderados y que imprime á la sociedad la marcha que tiene por conveniente.

¡«Lástima grande

que no sea verdad tanta belleza!»

Sobre la voluntad del pueblo está la del que dirige el «encasillado» en las elecciones de Diputados á Cortes, así como en las municipales está la del cacique que procesa y persigue á los que tuvieron la desgracia de obtener los sufragios de sus conciudadanos.

Lógico sería que se nombrasen Diputados y Concejales por los que tienen la sartén por el mango, y se evitarían disgustos al elector, persecuciones al elegido y al cacique que pusiera de relieve su..... su..... su.... para echar por medio, burlándose de electores y de cuanto hay que burlarse.

La política tomada por oficio es una calamidad peor que la langosta y la filoxera.

Que haya ciudadanos que se dediquen á vivir á costa de los demás á título de amigos de Silvela ó de Sagasta, del marqués de Cerralbo ó de Salmerón es una ruina para los pueblos y una vergüenza para la nación.

¿Que tienen talento?

Razón de más para que busquen la subsistencia en el trabajo.

El que apela á otros medios para vivir, el que gravita sobre los demás y medra á costa ajena, no merece más consideración que la que guarda el hortelano á la planta parásita, ni otro nombre que el

de caballero de industria.

¿Los hay en España?

Purgarse de ellos es el primer paso para la regeneración.

Poca miel almacenarían las abejas si no expulsaran á los zánganos de la colmena.

No significa esto que deseemos que se vincule la representación municipal, provincial ó nacional en las clases ricas.

¡Ni mucho menos!

Pero si queremos que se vincule en hombres dignos, que vivan de sus rentas ó del producto de su honrado trabajo.

¿Que así sucede?

No lo ponemos en duda; pero nos admira que haya tiros y garrotazos en las elecciones, que se busquen influencias, se hagan bajezas y hasta se gaste dinero para obtener cargos que solo dan ocupaciones y disgustos.

Y nos admira, porque la situación de España no es para creer que haya tantos patriotas desinteresados y generosos.

A diario oímos y aún vemos cosas que nos moverían á dudar, si cupiera en nosotros la duda.

De todas las consideraciones que pudiéramos hacer sobre este punto, no podríamos sacar más que una consecuencia, que nos sirviera de línea de conducta.

Es la siguiente:

Al emitir voto, ver si el que lo solicita ha de darnos ó de pedirnos.

En el primer caso, votarlo á cierra ojos.

En el segundo, votarlo... «fora» como dicen los portugueses.

Si no hay otro remedio, votar al que no nos pida, aunque no nos dé tampoco.

Alimentar sanguijuelas que han de vivir á costa de nuestra sangre es absurdo.

Abandonar nuestro derecho para que se erija en amo cualquier

atrevido que cuente con algunas influencias, es absurdo: equivale á un suicidio colectivo.

Hay que luchar por la propia conservación; hay que oponer la legalidad al encasillado; hay que contrarrestar la influencia con los electores.

De otro modo vamos á la ruina, perpetuamos nuestra miseria, somos los fautores de nuestra desgracia.

¿A qué los lamentos y las maldiciones?

Los pueblos tienen en su mano los medios de librarse de cargas opresoras.

Ayudar á quien lo merezca, encumbrar á quien haya de ser agradecido, votar á quien no haga grangería de la política.

Seguramente que si los borregos hubieran de nombrar un representante, no elegirían á un lobo.

¿Seremos nosotros más borregos que los borregos?

Allá veremos.

PAPAM HABEMUS

Ya tenemos jefe; es decir, ya tiene jefe el partido liberal local que sigue las inspiraciones del Sr. Laserna.

Don Juan Abadía Fernández ha sido preconizado jefe *in pártibus*.

Y puestos á hablar en latín, seguiremos.

Montes parturiens mus ridiculus nascetur.

Hacemos constar que no decimos esto por el flamante jefe, á quien consideramos como de más bulto que un *mus* y todo lo contrario de *ridiculus*.

Lo recordamos por los dolores con que el parto vino y por el estrépito que produjo.

Y lo de *in pártibus*, porque nos parece el nombre dado á la criatura, al recién nacido, algo así como la carabina de Ambrosio.

Pero en fin, lo mandó quien pudo y